

Empero ¿qué decir de aquel que, haciendo profesión de libre pensamiento, retrocede de los datos de la experiencia a las quimeras de lo absoluto, y tiende una mano a la ciencia y otra al milagro?

Después de la reforma de Bacon, Descartes es el primero que nos ofrece tan triste ejemplo.

¿Con qué derecho este filósofo, inquiriendo más allá del fenómeno, distingue entre la substancia material y la substancia inmaterial, entre lo absoluto y lo inabsoluto? De esta absurda distinción entre los cuerpos y las almas ha surgido la falsa psicología, donde se ha consumido estérilmente una de las más luminosas inteligencias del siglo: hemos nombrado a Jouffroy. ¿Qué habríamos perdido si los escoceses nunca hubieran encontrado traductor, si su necia filosofía hubiese permanecido en la nada?

¿Con qué derecho, el venerable Kant, después de haber revolucionado la metafísica por su *Crítica de la Razón pura*, afirma, en su *Razón práctica*, todo un mundo de absolutos, antítesis del mundo de los fenómenos y postulado de la conciencia y la libertad?

Introducido de nuevo en la ciencia por Descartes, Spinoza y Kant, lo absoluto propende al instante a erigirse otra vez en religión. Produce sus sistemas, confecciona sus dogmas, crea una gnosis, tiene sus iniciados y sus profanos; el joven monstruo muéstrase ya intolerante. Por su causa, la filosofía ayúntase insensiblemente y fraterniza con la teología; tiene su iglesia, su ortodoxia y su heterodoxia, su historia y su exégesis, su probabilismo y su eclecticismo. Como la teología, y aun más que ésta, dice hallarse de acuerdo con la experiencia, fundada como ciencia y nada más que como ciencia. No podemos menos que llamar, siquiera muy humildemente, la atención sobre este punto.

Sabemos que no media tanta distancia de Platón al *Évangelio*. Ade-

más no dudamos de la sinceridad religiosa de nadie. Tanto mejor si el eclecticismo ha aproximado a Cousin a la fe: nos felicitamos de ello, así por su rectitud mental como por la probidad de su carácter. Es su derecho, y quizá su deber, afirmar, manifestar sus convicciones; no lo discutimos. ¿Empero qué autoriza a decir que M. Cousin converso ha venido a enseñarnos que una cosa es el eclecticismo remozado por él y otra el catolicismo; que el primero deriva de la razón humana laborando sobre su propia fenomenalidad y formando la ciencia del espíritu y el segundo es la expresión de la razón divina, cuyos procedimientos exceden la observación racional; que Cousin, asistiendo a la fiesta de las escuelas y estrechando la diestra del arzobispo de París, simboliza la ciencia profana apoyándose sobre la ciencia sagrada, la experiencia de acuerdo con la tradición, la razón guiando al hombre a la fe? Esto no es hacer filosofía, sino una verdadera terciaria.

Hemos leído con gran placer, aunque distamos mucho de suscribir las conclusiones del autor, la *Histoire des langues sémitiques*, por M. Renán, de la Academia de Inscripciones. No nos agradaron tanto sus *Etudes d'histoire religieuse*, que hemos impugnado en varias ocasiones.

¿Por qué esa pretensión, tan rotundamente expresada, de que la ciencia es aristocrática, y de que la religión es su natural sustitutivo para el pueblo? ¿Qué significa esa división de la sociedad en dos categorías de inteligencias: inteligencias que saben e inteligencias que creen? Hasta aquí, la idea de remitir la religión a la multitud parecía ser un irritante maquiavelismo; M. Renán ha hecho de ella un principio de filantropía:

“Para la inmensa mayoría de los hombres, la religión establecida es toda la parte consagrada en la vida al culto del ideal. Suprimir o debilitar, en las clases ayunas de los otros medios de educación, esa suprema y